

»La multitud pobló por la tarde los jardines de Bedmar. Los importunos, que abundan por todas partes, se apoderaron de mí: en aquella ocasión no tuve con ellos paciencia ni afabilidad: ¡teníanme alejado de usted!... Quise darme cuenta de la turbación que se apoderaba de mí: conocí el amor y quise dominarlo; me sentí arrastrado, y abandoné con usted aquel sitio de regocijos.

»Después le volví a ver a usted, y el amor pareció sonreírme. Sentada un día a la orilla del agua, inmóvil y pensativa, deshojaba usted una rosa: viéndome solo a su lado, hablé... oí un suspiro... ¡vana ilusión! Al volver de mi error, vi la indiferencia con frente serena sentada entre nosotros dos... La pasión que me dominaba rebotaba en mis frases, y los de usted llevaban el amable y cruel sello de la infancia y de la burla.

»Todos los días deseaba verla como si el dardo no estuviese aún bastante clavado en mi corazón. Los momentos en que la veo sola son muy escasos, y esos jóvenes venecianos que la rodean y le dicen lisonjas y galanterías me son insupportables. ¿Se puede hablar a Julieta como a las demás mujeres? He querido escribirle: me conoce y no será usted incrédula. Mi alma está inquieta y tiene sed de afectos. Si el amor no ha conmovido el suyo; si Romeo no es a sus ojos más que un hombre vulgar, ¡oh! le conjuro por los lazos con que usted me ha aprisionado, sea conmigo severa; no me sonría más, por piedad; no me hable más; rechácame lejos de usted. Dígame que me aleje, y si puedo cumplir esa orden rigurosa, recuerde al menos que Romeo la amará siempre, que nadie ha reinado nunca en él como Julieta, y que él no podrá renunciar a vivir para ella, al menos en el recuerdo.»

Para un hombre de sangre fría, todo esto es algo ridículo: los Bonapartes vivían del teatro, de novelas y de versos: la vida del mismo Napoleón, ¿qué otra cosa es sino un poema?

Benjamín Constant continúa comentando esta carta:

«El estilo de esta carta es visiblemente imitado de todas las novelas que han pintado las pasiones, desde *Werther* hasta *La Nueva Eloisa*. La señora Recamier reconoció fácilmente en muchos detalles minuciosos que era ella el objeto de la declaración que se le presentaba como

una simple lectura. No estaba bastante acostumbrada al lenguaje directo del amor para que le advirtiera la experiencia que quizás no era todo sinceridad en las expresiones; pero un instinto justo y seguro se lo hacía adivinar. Contestó con sencillez, hasta con alegría, y mostró mucha más indiferencia que inquietud. No se necesitó más para que Luciano experimentara realmente la pasión que en un principio había exagerado un poco.

»Las cartas de Luciano van siendo más verdaderas y elocuentes a medida que más se apasiona; nótese siempre en ellas la ambición de adornos, la necesidad de adoptar actitudes; no acierta a dormirse sino arrojándose en los brazos de *Morfeo*. En medio de su desesperación se pinta entregado a las grandes ocupaciones que le rodean; se admira de que un hombre como él vierta lágrimas; pero en toda esa mezcla de declamaciones y frases hay, no obstante, elocuencia, sensibilidad y dolor. En fin, en una carta llena de pasión, en que escribe a la señora Recamier: «No puedo aborrecerla, pero sí matarme», exclama de repente, como reflexión general: «Olvido que el amor no se arranca, sino que se obtiene.» En seguida añade: «Después que recibí su billete he recibido otros muchos diplomáticos: he sabido una noticia que el rumor público habrá llevado hasta los oídos de usted. Las felicitaciones me rodean, me aturden... Me hablan de cosas que no es usted.» Luego viene otra exclamación: «¡Qué débil es la naturaleza en comparación del amor!»

»Esa noticia, que encontraba insensible a Luciano, era, sin embargo, una noticia inmensa: el desembarco de Bonaparte a su regreso de Egipto.

»Acababa de desembarcar un nuevo destino con sus promesas y sus amenazas: el 18 de brumario no debía hacerse esperar más de tres semanas.

»Apenas libre del peligro de aquella jornada, que ocupará siempre un lugar tan grande en la historia, escribía Luciano a la señora Recamier: «¡Su imagen se me ha aparecido! Habría usted tenido mi último pensamiento.»

CONTINUACIÓN DEL RELATO DE BENJAMÍN CONSTANT. — MADAMA DE STAEL. — CARTA DE MADAMA DE STAEL A LA SEÑORA RECAMIER. — VIAJE DE LA SEÑORA RECAMIER A INGLATERRA. — PRIMER VIAJE DE MADAMA DE STAEL A ALEMANIA. — LA SEÑORA RECAMIER EN PARÍS. — PROYECTOS DE LOS GENERALES. — RETRATO DE BERNADOTTE. — PROCESO DE MOREAU. — CARTAS DE MOREAU Y MASSENA A LA SEÑORA RECAMIER.

«La señora Recamier contrajo con una mujer, mucho más ilustre que célebre era el señor de La Harpe, una amistad que de día en día se fué haciendo más íntima, y que dura aún.

»Habiendo sido borrado el señor Necker de la lista de los emigrados, encargó a su hija, madama de Staël, que vendiera una casa que tenía en París. Compróla la señora Recamier, y ésta fué para ella una ocasión de ver a madama Staël.

»La vista de aquella mujer célebre le infundió al principio una excesiva timidez. Mucho se ha hablado acerca de la figura de madama de Staël. Pero una mirada altiva, una sonrisa dulce, una expresión habitual de benevolencia, la ausencia de toda afectación y de toda reserva embarazosa; palabras halagüeñas, lisonjas algo directas, pero que parecían arrancadas al entusiasmo; una variedad inagotable en su conversación, asombraban, atraían y le conciliaban a todos los que la trataban. No conozco mujer ni aun hombre alguno que más convencido estuviese de su inmensa superioridad sobre todo el mundo, y que menos hiciera pesar esa convicción sobre los demás.

»No había cosa más interesante que las conversaciones de madama Staël y la señora Recamier. La rapidez de la primera en expresar conceptos nuevos, y la rapidez de la segunda en comprenderlos y juzgarlos; aquel ánimo varonil y fuerte que todo lo investigaba, y aquel ánimo delicado y fino que todo lo comprendía; aquellas revelaciones de un genio ejercitado comunicadas a una inteligencia joven, y digna de recibir las: todo esto formaba una reunión que es imposible pintar sin haber tenido la suerte de haber sido testigo uno mismo.

»La amistad de la señora Recamier hacia madama de Staël se fortificó con un sentimiento que ambas experimenta-

ban; el amor filial. La señora Recamier amaba tiernamente a su madre, mujer de raro mérito, cuya salud inspiraba algunos temores, y a quien su hija no cesa de echar de menos desde que la perdió. Madama de Staël consagró a su padre un culto que la muerte había hecho más y más exaltado. Elocuente siempre en su modo de expresarse, lo es mucho más cuando habla de él. Su voz conmovida, sus ojos dispuestos a empaparse en lágrimas, y la sinceridad de su entusiasmo conmovían el alma hasta de aquellos que no participaban de sus opiniones acerca de aquel hombre célebre. Varias veces se han ridiculizado los elogios que ella le prodigaba en sus escritos; pero, cuando se la ha oído sobre el particular, es imposible convertirlos en objeto de burla, porque nada que es verdadero es ridículo.»

Las cartas de Corina a su amiga la señora Recamier empezaron en la época a que alude aquí Benjamín Constant, y tienen un encanto que casi participa del amor. Daré a conocer algunas de ellas.

CARTA DE MADAMA STAEL A LA SEÑORA RECAMIER

«Coppet, 9 de septiembre.

»¿Se acuerda usted, hermosa Julieta, de una persona a quien dió pruebas de interés este invierno, y que se lisonjea de hacérselas duplicar el invierno próximo? ¿Cómo gobierna usted el imperio de la belleza? Ese imperio se le concede gustosamente, porque es usted eminentemente buena, y parece natural que un alma tan dulce tenga un rostro encantador que la refleje. De todos sus admiradores, no ignora usted que prefiero a Adriano de Montmorency. He recibido cartas suyas, notables por su talento y su gracia, y creo en la solidez de sus afectos, a pesar del encanto de sus maneras. Por otra parte, la palabra *solidez* me conviene a mí, que sólo aspiro a un puesto bien secundario en su corazón. Pero usted, que es la heroína de todos los sentimientos, está expuesta a los grandes sucesos de que se componen las tragedias y las novelas. El mío se extiende al pie de los Alpes, y espero que lo leerá usted con interés. Me complazco en esta ocupación... ..

»En medio de todos esos triunfos, es usted, y lo seguiré siendo, un ángel de pureza y de hermosura, y tendrá el culto de los devotos y de los mundanos... ¿Ha vuelto a ver al autor de *Atala*? ¿Continúa usted en Clichy? En fin, déme noticias suyas. Me complace en saber lo que hace usted, en representarme los sitios que habita. ¿No es todo un cuadro en los recuerdos que de usted se conservan? A mi entusiasmo tan natural hacia sus raras cualidades se junta el mucho atractivo de su sociedad. Le ruego que acepte benévolamente todo cuanto le ofrezco, y prométame que nos veremos con frecuencia en el invierno próximo.»

«Coppet, 30 de abril.

»¿Sabe, hermosa Julieta, que mis amigos me han lisonjeado con la idea de que vendría usted aquí? ¿No podría concederme ese gran placer? La felicidad no me ha sonreído hace algún tiempo, y tendría por una gran fortuna su llegada, que me daría esperanzas para todo lo que yo deseo. Adriano y Mateo dicen que vendrán; si viniera usted con ellos, un mes de permanencia aquí bastaría para mostrarle nuestra magnífica naturaleza. Mi padre dice que debería usted elegir Coppet para domicilio suyo, y que, desde aquí, haríamos nuestras excursiones. Mi padre desea ardientemente verla. Ya sabe usted lo que se dijo de Homero:

Por boca del anciano
la belleza elogiaste.

»Y, aparte de esa belleza, es usted encantadora.»

Durante la corta paz de Amiens, la señora Recamier hizo un viaje a Londres con su madre, llevando cartas de recomendación del anciano duque de Guignes, embajador de Inglaterra treinta años antes. Este mantuvo correspondencia con las mujeres más brillantes de su época: la duquesa de Devonshire, lady Melbourne, la marquesa de Salisbury, y la margrave de Auspach, de la que había estado enamorado. Su embajada era todavía célebre, y su recuerdo se conservaba vivo en aquellas respetables señoras.

Tal es el poder de la novedad en Inglaterra, que al día siguiente los periódicos publicaron la llegada de la beldad extranjera. La señora Recamier recibió las visitas de todas las personas a quie-

nes había enviado sus cartas. Entre ellas, la más notable era la duquesa de Devonshire, de edad de cuarenta y cinco a cincuenta años. Era todavía una mujer a la moda, y bella, aunque privada de un ojo, cuya falta disimulaba con un bucle de su cabellera. La primera vez que la señora Recamier se presentó en público fué con ella. La duquesa la llevó a la Opera a su palco, en donde se encontraban el príncipe de Gales, el duque de Orleans y sus hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais: los dos primeros debían llegar a ser reyes: el uno tocaba al trono; el otro estaba todavía separado de él por un abismo.

Todos los anteojos y las miradas se volvieron hacia el palco de la duquesa. El príncipe de Gales dijo a la señora Recamier que, si no quería verse ahogada, debía salir antes de que acabara el espectáculo. Apenas se puso en pie, las puertas de los palcos se abrieron precipitadamente: no pudo evitarlo, y fué conducida por las oleadas de la multitud hasta su carruaje.

Al día siguiente fué la señora Recamier al parque de Kénsington, acompañada del marqués de Douglas, más tarde duque de Hamilton, y que después recibió a Carlos X en Holy-Rood, y de su hermana la duquesa de Somerset. El gentío se precipitaba al paso de la extranjera, efecto que se reprodujo siempre que se mostró en público: los periódicos hacían resonar su nombre, y su retrato, grabado por Bartolozzi, fué difundido por todo el reino.

La víspera de la marcha de la señora Recamier, el príncipe de Gales y la duquesa de Devonshire lepidieron que los recibiera y reuniese en su casa algunas personas de su sociedad. Hubo una especie de concierto, en el que ella tocó con el caballero Marin, primer arpista en aquellos tiempos, unas variaciones sobre un tema de Mozart. Aquel sarao fué citado en los periódicos como un concierto que la hermosa extranjera había dado al marcharse al príncipe de Gales.

Al día siguiente se embarcó para La Haya, y empleó tres días en hacer una travesía de diez y seis horas. Me ha referido que en esos días, mezclados de tempestades, leyó el *Genio del Cristianismo*, el cual me reveló a ella, según su benévola expresión. Reconozco en eso la bondad que los vientos y el mar han tenido siempre hacia mí.

Cerca de La Haya visitó el palacio del príncipe de Orange. Habiéndole hecho prometer este príncipe que iría a ver aquella mansión, le escribió bastantes cartas, en que le hablaba de sus reveses y de su esperanza de vencerlos: Guillermo I llegó, en efecto, a ser rey. En aquellos tiempos se intrigaba para ser rey como hoy para ser diputado, y los candidatos a la soberanía se apresuraban a ponerse a los pies de la señora Recamier, como si ella dispusiera de las coronas.

Este billete de Bernadotte, que reina hoy en Suecia, terminó el viaje de la señora Recamier a Inglaterra.

«... ..»

»Los periódicos ingleses, calmando mi ansiedad por su salud, me han hecho saber los peligros a que ha estado usted expuesta. En el primer momento censuré al pueblo de Londres por su excesivo apresuramiento a rodearla; pero le confieso que muy pronto lo encontré digno de excusa, puesto que yo soy parte interesada cuando hay que justificar a las personas que se hacen indiscretas por admirar los encantos de su celestial figura.

»En medio del esplendor que le rodea y que, por tantos títulos merece, dignese recordar alguna vez que el ser que le es a usted más afecto en la naturaleza es

»BERNADOTTE.»

Amenuzada madama de Staël con el destierro, intentó instalarse en Maffiers, casa de campo a ocho leguas de París. Aceptó la proposición que le hizo la señora Recamier, a su regreso de Inglaterra, de pasar algunos días con ella en Saint-Brice, y en seguida volvió a su primer asilo. Lo que entonces le sucedió lo refiere en los *Diez años de destierro*.

«Me hallaba a la mesa — dice — con tres amigos míos en una habitación, desde donde se veía el camino real y la puerta de entrada. Era a fines de septiembre, a las cuatro de la tarde: llegó un hombre con traje gris, a caballo, y llamó: yo estaba segura de lo que me esperaba: preguntó por mí, y le recibí en el jardín. Cuando me acerqué a él me llamaron la atención el aroma de las flores y la belleza del sol. ¡Las sensaciones que experimentamos por las combinaciones de la sociedad son tan distintas de las que provienen de la naturaleza! Aquel

hombre me dijo que era el comandante de la gendarmería de Versalles... Me enseñó una carta, firmada por Bonaparte, que contenía la orden de alejarme a cuarenta leguas de París; se añadía en ella que me hiciesen partir dentro de veinticuatro horas, tratándome, sin embargo, con todas las consideraciones debidas a una mujer de nombre conocido... Repliqué al oficial que marchar en el término de veinticuatro horas era cosa propia de conscriptos, pero no de una mujer y niños. Por lo tanto, le propuse que me acompañara a París, en donde necesitaba tres días para hacer los preparativos de mi viaje. Subí, pues, a mi carruaje con mis hijos y aquel oficial, a quien habían elegido como el más intruído de los gendarmes. En efecto, me hizo varios cumplidos acerca de mis escritos. «Ya ve usted, caballero — le dije —, a lo que conduce el ser mujer de talento. Quitele de la cabeza a las personas de su familia si tiene ocasión.» Quise hacerme superior apelando a mi orgullo; pero sentía desgarrado mi corazón.

»Me detuve algunos instantes en casa de la señora Recamier, en donde encontré al general Junot, quien, por consideración a ella, prometió ir al día siguiente a hablar al primer cónsul. Hizolo, en efecto, con el mayor calor...

»La víspera del día que se me había concedido hizo José Bonaparte una tentativa...

»Me vi obligada a aguardar la respuesta en una posada a dos leguas de París, no atreviéndome a volver a mi casa en la ciudad. Pasó todo el día sin que me llegase esa respuesta. No queriendo llamar la atención sobre mí permaneciendo más tiempo en la posada en que estaba, di la vuelta a las murallas de París, tomando otra, a dos leguas también de la capital, pero en camino diferente. Esa vida errante a cuatro pasos de mis enemigos y de mi morada me producía un dolor de que no puedo acordarme sin estremecerme.»

Madama de Staël, en vez de volver a Coppet, emprendió su primer viaje a Alemania. Por esta época me escribió acerca de la muerte de la señora de Beaumont la carta que he citado en mi primer viaje a Roma.

La señora Recamier reunía en su casa de París todo lo más distinguido que había en los partidos oprimidos y en las opiniones que no habían cedido todo a la

victoria. Se veían allí las notabilidades de la antigua monarquía y del nuevo imperio: los Montmorency, los Sabran, los Lamoignon, los generales Massena, Moreau y Bernadotte; aquél destinado al destierro, éste al trono. Los extranjeros ilustres también concurrían; el príncipe de Orange, el príncipe de Baviera, el hermano de la reina de Prusia la rodeaban, como en Londres el príncipe de Gales se envanecía de llevar su chal. El atractivo era tan irresistible, que Eugenio de Beauharnais y hasta los ministros del emperador iban a aquellas reuniones. Napoleón no podía sufrir el triunfo de otro, aun cuando éste fuese una mujer. «¿Desde cuándo — decía — se celebra el consejo en casa de la señora Recamier?»

Vuelvo nuevamente a la narración de Benjamín Constant: «Desde mucho tiempo, Napoleón, que se había apoderado del gobierno, caminaba abiertamente a la tiranía. Los partidos más opuestos se exasperaban contra él, y en tanto que la masa de ciudadanos se dejaba enervar aún por el reposo que se le prometía, los republicanos y los realistas deseaban un trastorno. El señor de Montmorency pertenecía por su nacimiento, sus relaciones y sus opiniones a estos últimos. La señora Recamier sólo se mezclaba en la política por su interés generoso hacia los vencidos de todos los partidos. La independencia de su carácter la alejaba de la corte de Bonaparte, de la que había rehusado formar parte. El señor de Montmorency imaginó confiarle sus esperanzas, pintándole el restablecimiento de los Borbones con colores propios para excitar su entusiasmo, y le dió el encargo de coligar a dos hombres importantes entonces en la nación: Bernadotte y Moreau, para ver si podían reunirse contra Bonaparte.

«Todo lo que ofrece a una mujer ocasión de ejercer su poder le es siempre agradable. Había, además, en la idea de concitar contra el despotismo de Napoleón a hombres importantes por sus dignidades y su gloria cierta cosa de generosidad y nobleza que debía tentar a la señora Recamier. Así fué que ésta accedió a los deseos del señor de Montmorency, y reunió con frecuencia en su casa a Bernadotte y a Moreau. Este vacilaba, aquél declamaba, la señora Recamier consideraba los discursos indecisos de Moreau como un principio de resolu-

ción, y las arengas de Bernadotte como una señal del hundimiento de la tiranía. Por su parte, los dos generales estaban sumamente satisfechos de ver halagado su descontento por tanta belleza, talento y gracia.»

Al notar la finura de esta pintura de Benjamín Constant, es necesario decir que la señora Recamier jamás habría entrado en aquellos intereses políticos sin la irritación que sentía por el destierro de madama de Staël. El futuro rey de Suecia tenía la lista de los generales adictos aún al partido de la independencia; pero no figuraba entre ellos el nombre de Moreau: éste era el único que podía oponerse al de Napoleón; pero Bernadotte ignoraba quién era aquel Bonaparte cuyo poder atacaba.

El señor Moreau dió un baile, al que asistió toda Europa, excepto Francia, que estaba representada sólo por la oposición republicana. Durante aquella fiesta, el general Bernadotte condujo a la señora Recamier a un gabinete, adonde sólo les siguió el ruido de la música que pudiera recordarles dónde se encontraban. Moreau pasó a aquel gabinete, y Bernadotte le dijo después de largas explicaciones: «Con un nombre popular es usted el único entre nosotros que se puede presentar apoyado por todo un pueblo: vea lo que puede y lo que podemos nosotros, guiados por usted.» Moreau repitió lo que había dicho muchas veces: «Que conocía el peligro que amenazaba la libertad, que era preciso vigilar a Bonaparte, pero que temía la guerra civil.»

Esta conversación se prolongaba, y se iba animando: Bernadotte se exaltó, y dijo al general Moreau: «¡No se atreve usted a tomar la causa de la libertad! Pues bien; Napoleón se burlará de ella y de usted: ella perecerá, a pesar de nuestros esfuerzos, y usted quedará envuelto en su ruina sin haber combatido.» Palabras proféticas.

La madre de la señora Recamier estaba relacionada con la señora Hulot, madre de la señora Moreau, y la señora Recamier contrajo con esta última una de esas relaciones de infancia que tanto agrada continuar en el mundo.

Durante el proceso del general Moreau, la señora Recamier pasaba los días en casa de la señora Moreau. Esta se quejó a su amiga de que su marido se lamentaba de no haberla visto aún entre el público que poblaba la sala y el tri-

bunal. La señora Recamier se dispuso para asistir a la audiencia al día siguiente de aquella conversación. El señor Brillat-Savarin, uno de los jueces, se encargó de hacerle entrar por una puerta particular que daba al anfiteatro. Al pasar, se quitó el velo y recorrió de una mirada la fila de los acusados, a fin de buscar en ella a Moreau. Este la reconoció, levantóse y la saludó. Todas las miradas se fijaron en la señora Recamier, quien se apresuró a bajar los escalones del anfiteatro para llegar al sitio que le estaba destinado. Los acusados eran en número de cuarenta y siete, y ocupaban las gradas situadas enfrente de los jueces del tribunal. Cada acusado se hallaba entre dos gendarmes, y estos soldados mostraban al general Moreau deferencia y respeto.

Se notaba allí al señor de Polignac y al señor de Rivière, y especialmente al señor Jorge Cadoudal. Pichegru, cuyo nombre permanecerá unido al de Moreau, faltaba, sin embargo, a su lado, o más bien se creía ver allí su sombra, pues se sabía que faltaba también en la prisión.

No era aquello cuestión de republicanos: era la fidelidad realista que luchaba contra el nuevo régimen; sin embargo, esa causa de la legitimidad y de sus nobles partidarios tenía por jefe a un hombre del pueblo, a Jorge Cadoudal. Se le vió allí con el pensamiento de que aquella cabeza tan piadosa e intrépida iba a caer en el cadalso, y que quizá sólo Cadoudal no se salvaría, porque nada haría para conseguirlo. El no defendía sino a sus amigos, y en cuanto a lo que hacía relación a él, todo lo confesaba. Napoleón no fué tan generoso como quiere suponersele: once personas adictas a Jorge perecieron con él.

Moreau no habló. Al terminar la audiencia, el juez que había introducido a la señora Recamier fué a buscarla. Esta atravesó el estrado por el lado opuesto a aquel por el que había entrado, costeano los bancos de los acusados. Moreau bajó seguido de sus dos gendarmes, y llegó a estar separado de ella sólo por una balaustrada. Murmuró algunas palabras que la señora Recamier no pudo comprender por lo sobrecogida que estaba, y, queriendo responderle, le faltó la voz.

Hoy que los tiempos han cambiado y que el nombre de Bonaparte parece solo llenarlos, no es fácil imaginar de cuán poco pendía aún su poder. La noche que

precedió a la sentencia, estando reunido el tribunal, todo París estuvo en alarma. Oleadas de gente afluían al palacio de Justicia. Cadoudal no quiso implorar gracia, y respondió a los que querían pedirle: «¿Me prometen ustedes una ocasión más hermosa para morir?»

Moreau, condenado a ser deportado, se puso en camino para Cádiz, desde donde debía dirigirse a América. La señora Moreau fué a reunirse con él. La señora Recamier estaba a su lado al marchar. La vió abrazar a su hijo, en la cuna, y volver después para abrazarle de nuevo: la condujo a su carruaje, y recibió su último adiós.

El general Moreau escribió desde Cádiz esta carta a su generosa amiga:

«Chiclana, 12 de octubre de 1804.

«Señora: creo que tendrá usted algún placer en saber noticias de dos fugitivos a quienes ha mostrado tanto interés. Después de sufrir fatigas de toda especie por tierra y por mar, confiábamos descansar en Cádiz, cuando ha venido a asediarnos en esta ciudad la fiebre amarilla, que puede compararse en cierto modo a los males que acabamos de experimentar.

«Aunque el parto de mi mujer nos ha obligado a detenernos aquí un mes, durante la enfermedad, hemos sido bastante felices para preservarnos del contagio: uno solo de nuestros criados ha sido atacado.

«Ahora nos encontramos en Chiclana, lindísima aldea a pocas leguas de Cádiz, gozando de buena salud, y mi esposa en plena convalecencia, después de haberme dado una hija que está robusta.

«Persuadida mi esposa de que se interesaría usted tanto en este suceso como en todo lo que nos ha ocurrido, me encarga que le comunique y le transmita sus recuerdos.

«No le hablo del género de vida que hacemos, pues es excesivamente fastidioso y monótono; pero al menos respiramos libremente, aunque en país de inquisición.

«Le ruego, señora, que reciba la seguridad de mi respetuoso afecto, y me crea por siempre suyo muy humilde y atento servidor,

«V. MOREAU.»

Esta carta está fechada en Chiclana, sitio que parece prometer con gloria un reinado seguro al duque de Angulema;

y, sin embargo, no hizo más que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, a quien se ha creído consagrado a los Borbones. Moreau, en lo íntimo de su alma, estaba consagrado a la libertad; y, al tener la desgracia de asociarse a la coalición, sólo se trataba a sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decía al señor de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la monarquía: «No tan grande: Moreau era republicano.» Este general no volvió a Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios había grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustre capitán, Massena. Marchaba al ejército de Italia, y pidió a la señora Recamier una cinta blanca de su adorno. Un día recibió ella este billete de letra de Massena:

«La preciosa cinta dada por la señora Recamier ha sido llevada por el general Massena en la batalla y en el bloqueo de Génova; jamás se ha separado del general, y la victoria le ha favorecido constantemente.»

MUERTE DE NECKER. — REGRESO DE MADAMA STAEL. — LA SEÑORA RECAMIER EN COPPET. — EL PRÍNCIPE AUGUSTO DE PRUSIA. — SEGUNDO VIAJE DE MADAMA DE STAEL A ALEMANIA. — PALACIO DE CHAUMONT. — CARTA DE MADAMA DE STAEL A BONAPARTE. — LA SEÑORA DE RECAMIER Y EL SEÑOR MATEO DE MONTMORENCY DESTERRADOS. — LA SEÑORA DE RECAMIER EN LYÓN. — LA SEÑORA DE CHEVREUSE. — PRISIONEROS ESPAÑOLES.

Madama de Staël supo en Berlín la enfermedad de su padre, y se apresuró a regresar; pero el señor Necker había muerto antes de que llegase a Suiza.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de la señora Recamier: madama de Staël se enteró de este desgraciado suceso, y escribió al momento a su amiga la señora Recamier:

«Ginebra, 17 de noviembre.

»¡Ay, querida Julieta! ¡Qué dolor me ha causado la terrible noticia que recibo! ¡Cuánto maldigo el destierro que me impide estar a su lado, y estrecharla contra mi corazón! Usted ha perdido todo lo que contribuye a la felicidad y a la

dulzura de la vida; pero si fuera posible ser más amada y más interesante de lo que usted era antes, eso sería lo que le habría sucedido. Voy a escribir al señor Recamier, a quien compadezco y venero. Pero, dígame, ¿sería un sueño verla aquí este invierno? Si usted quisiera, podría pasar aquí tres meses en un círculo estrecho, en el que sería cuidada con pasión: pero en París también inspiraba usted ese mismo sentimiento. En fin, a lo menos a Lyon, hasta donde mis *cuarenta leguas* alcanzan, iré para verla, para abrazarla para decirle que he sentido hacia usted más ternura que hacia ninguna otra mujer. Nada sé decirle para consolarla, sino que será amada y considerada más que nunca, y que los admirables rasgos de su generosidad y de su beneficencia serán conocidos a pesar suyo con esta desgracia como nunca lo habrían sido sin ella. Seguramente, comparando su situación con lo que era, ha perdido; pero si me fuera posible envidiar lo que amo, daría gustosa todo cuanto soy por ser lo que usted. Belleza sin igual en Europa, reputación sin mancha, carácter altivo y generoso: ¡cuánta felicidad todavía en esta triste vida, por la que uno camina tan despojado! Querida Julieta, usted es quien me hará volver a París, puesto que será siempre una persona omnipotente, y nos veremos todos los días; y como es usted más joven que yo, me cerrará los ojos, y mis hijos serán sus amigos. Mi hija ha llorado esta mañana por usted y por mí. Querida Julieta, ese lujo que la rodeaba, nosotros lo hemos disfrutado: su fortuna ha sido la nuestra, y me considero arruinada porque no es usted ya rica. Créame, queda felicidad cuando no se ha hecho amar así.

»Benjamín desea escribirla, y está muy conmovido. Mateo de Montmorency me escribe acerca de usted una carta muy tierna. Querida amiga, que su corazón se conserve sereno en medio de tantos dolores. ¡Ay! Ni la muerte, ni la indiferencia de sus amigos la amenazan, y éstas son las heridas eternas. ¡Adiós, querido ángel, adiós! Beso respetuosamente su rostro encantador...»

Esparciose un nuevo interés sobre la señora Recamier: ésta abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció nacida para la soledad tanto como para el mundo. Quedáronle sus amigos, «y esta vez — ha dicho el señor Ballanche —, sólo la fortuna se retiró.»

Madama de Staël atrajo a su amiga a Coppet. El príncipe Augusto de Prusia, que había sido hecho prisionero en la batalla de Eylau, pasó por Ginebra, dirigiéndose a Italia, y se enamoró de la señora Recamier. La vida íntima y particular perteneciente a cada hombre, proseguía su curso bajo la vida general, el ensañamiento de las batallas y la transformación de los imperios. El rico, al despertar, divisa sus dorados artesanos; el pobre, sus vigas ahumadas: para iluminarlos no hay más que un mismo rayo de sol.

El príncipe Augusto, creyendo que la señora Recamier consentiría en el divorcio, le propuso casarse con ella. Queda un monumento de esa pasión en el cuadro de Corina que el príncipe obtuvo de Gerard y que regaló a la señora Recamier como recuerdo imperecedero del sentimiento que ésta le había inspirado, y de la amistad íntima que unía a Corina y a Julieta.

Pasó el verano entre fiestas: el mundo estaba trastornado; pero sucede que el ruido de las catástrofes públicas, mezclándose a los placeres de la juventud, redobla su encanto entregándose uno con tanta mayor viveza a los goces, cuanto más próximo le parece estar de perderlos.

La señora de Genlis compuso una novela sobre el amor del príncipe Augusto. Un día la encontré en el fuego de la composición: vivía en el arsenal, en medio de libros llenos de polvo, en una habitación obscura. No aguardaba a nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos le ocultaban el rostro; tenía un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Recostada en las cuerdas del instrumento, paseaba sus manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, parecidos a las voces lejanas e indefinibles de la muerte. ¿Qué cantaba la antigua Sibila? Cantaba a la señora Recamier. Al principio la había aborrecido, pero al fin se sintió vencida por la belleza y la desgracia. La señora de Genlis acababa de escribir la siguiente página acerca de la señora Recamier, a quien daba el nombre de Atenaida.

«El príncipe entró en el salón conducido por madama de Staël. De pronto se entreabre la puerta, y se adelanta Atenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador de su sem-

blante; pero se había formado de ella una idea del todo diferente: se había representado a aquella mujer tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos, con altivo continente y con esa especie de confianza que infunde con harta frecuencia este género de celebridad, y veía, por el contrario, a una joven tímida que se adelantaba con turbación y se sonrojaba al presentarse. El sentimiento más dulce se unió a su sorpresa.

»Después de comer no salieron, a causa del excesivo calor, y bajaron a la galería para tener un rato de música hasta la hora de pasear. Después de varios acordes brillantes y de armoniosos sonidos de una dulzura encantadora, cantó Atenaida acompañándose con el arpa. El príncipe la escuchó embelesado, y cuando terminó, la miró con una turbación indecible, exclamando: «¡También habilidades!»

Madama de Staël, en la plenitud de su vida, amaba a la señora Recamier; la señora de Genlis, en su ancianidad, encontraba para ella los acentos de su juventud: la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de Corina, rival a quien detestaba: esto era maravilloso. Otra maravilla es verme escribir estos pormenores. Estoy repasando cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivía solitario y desconocido. Hubo felicidad sin mí en las riberas de Coppet, que no he visto después sin cierto impulso de envidia. Las cosas que huyeron de mí en la tierra y que echo de menos, me matarían si no estuviera al borde del sepulcro; pero próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es día perdido.

Madama de Staël partió segunda vez para Alemania. Aquí empieza una nueva serie de cartas a la señora Recamier, quizá todavía más interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de madama de Staël que se acerque a aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginación presta su expresión a los sentimientos. Grande debía ser la virtud de la amistad de la señora de Recamier, cuando supo hacer producir a una mujer de genio lo que había oculto y no revelado aún en su talento. Por otra parte, se adivina en el acento triste de madama